



Punto de vista

José Luis Pinilla Martín, s. j.
Director del Secretariado de la Comisión
Episcopal de Migraciones

Europa, un policía de ojos cerrados

Cuentan que un novicio jesuita preguntó un día al P. Kolvenbach, anterior superior general de los jesuitas: «Padre, usted ¿cómo reza?», «Rezo con iconos.» «Y ¿qué hace?», «¿los mira?» «No. Me miran ellos.»

Recordaba esta anécdota cuando tuve ocasión de contemplar en el museo de Skopie, la capital macedonia, unos iconos bellísimos. Por aquellos días de agosto pasado mientras veía las primeras riadas de refugiados, la televisión apuntaba que unas 3.000 personas, entre inmigrantes y refugiados, cruzaban diariamente Serbia, tras entrar por Grecia y Macedonia. Ha llovido desde entonces. ¡Ya han tenido tiempo los países balcánicos y europeos de organizar pasillos humanitarios u otras medidas para el paso decente de refugiados!

Porque la ruta de los Balcanes ha quedado bloqueada estos días en la frontera entre Grecia y Macedonia, donde ahora hay más de 8.000 migrantes y refugiados atrapados haciendo de tapón escandaloso y fronterizo entre los dos mundos: el primero y el tercero. Y la policía se ha atrevido a lanzar gases y bombas lacrimógenas para detener a los refugiados, entre ellos mujeres y niños.

Los iconos de los que hablo al principio se han transformado en impactantes fotografías periodísticas. Las prefiero a las ráfagas televisivas sobre dichas noticias. Porque me puedo detener contemplándolas.



Y he vuelto a recordar la anécdota primera al detenerme ante dos de ellas. Una es la de una mujer desmayada ante la que cae un chorro de agua fresca donde una mano anónima intenta, en el «fragor de la batalla», despertarla de su desmayo. Como si de un nuevo bautismo se tratara: para «darle vida».

Y la otra es la de un niño —¡ay los niños!— que con la cara ensangrentada huye despavorido y abre sus brazos en vez de su boca preguntando, con ellos, simplemente «¿por qué?».

Y no he podido evitar la misma sensación que cuando contemplaba los iconos. Estos atraen nuestra mirada de manera fija al mirarlos de frente pero, si hay algo que nos sorprende es que, sea cual sea el ángulo en que

nos situemos, tenemos la sensación de que ellos nos siguen mirando. No nosotros a ellos.

Por la noche, las imágenes, esta vez grabadas a fuego en mi corazón, me siguen «hablando». Y he comprendido por qué determinadas autoridades policiales aconsejan no mirar a la cara de los refugiados.

Incluso me ha parecido ver que uno de los guardias ha disparado con los ojos cerrados. ¡Ojos que no ven, corazón que no siente! Pero esta vez no ha sido así. Dicen que el pobre hombre no ha podido borrar de su corazón —por mucho que haya cerrado los ojos— la mirada de horror de los niños y de los pobres.

Dicen que aquel policía de ojos cerrados se llama... Europa.



Saber escuchar

Joan Guiteras i Vilanova
Deán del Capítulo Catedral
de Barcelona
secretaria@catedralbcn.org

Toni, la misa y el incienso

Hoy es domingo. Toni —que tiene cinco años— ha ido a la iglesia con sus padres y sus dos hermanos. Todos iban vestidos de fiesta: ir a misa es un acto al que hay que concurrir bien arreglado.

Toni es muy resistente a la liturgia, sin embargo, hoy estaba un poco inquieto, tanto que, después de la homilía del sacerdote, ha preguntado a su madre cuándo era la media parte. Al salir del templo —la misa había sido muy solemne—, ha preguntado que le aclararan por qué el sacerdote y el diácono habían incensado el altar, la cruz, el evangelio, las ofrendas, a los dos consagrados e, incluso, a los fieles.

La liturgia, ha dicho el padre de familia, utiliza cosas materiales. Los humanos tenemos una serie de sentidos que nos otorgan plenitud: escuchamos, miramos, olemos,

gustamos, tocamos... Estas facultades dan vida a la vida. La liturgia implica a la persona en su totalidad. Incluso, las diferentes posturas corporales colaboran a abrirse al misterio del Señor.

El incienso es una resina olorosa. Del incensario sale humo. El rito se dirige, generalmente, a Dios. El altar se incensa porque representa la mesa donde el Señor se hace realmente presente, la imagen del Cristo de la Cruz nos recuerda el misterio de nuestra redención, el evangelio es la Palabra del Señor, los dones se convertirán en el Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor... Las personas también son incensadas: tienen la dignidad de hijos que Dios ha creado y ama; el ministro incensa a los sacerdotes, al diácono y a los fieles. Nos encontramos participando en la acción más grande —la Eucaristía— que Cristo ha confiado a su Iglesia... Los oficiantes, las personas y las cosas tienen un sentido sagrado; el incienso lo subraya suficientemente... El incienso viene a ser el homenaje espiritual de los fieles cristianos a la Trinidad divina.

Sí, sí —dice Toni— pero aún hay algo que no entiendo. Cuando se lee el Evangelio, además de incensar el libro, todos nos persignamos en la frente, los labios, sobre el pecho... ¿Por qué? Para expresar al Señor que el evangelio transforme nuestro pensamiento, nuestro corazón y nuestro obrar. Al volver a casa, toda la familia entró en la pastelería para comprar el brazo de gitano dominical.

A propósito de...



P-J Ynaraja
Capellán del Montanyà
ynaraja@gmail.com

Plata (2)

Antes de continuar divagando sobre el metal plata, creo que es oportuno referirme a unas nociones elementales, previas a presentarlo como base monetaria.

En primer lugar, debemos situarnos ante la balanza. Su origen está en la cultura egipcia. La sitúan los historiadores en el 3.500 a.C. Era un trasto sencillo, consistente en un palo vertical atravesado por otro horizontal que se apoyaba en él. Del mismo se suspendían en cada extremo los platillos. Así aparece en dibujos junto a escrituras jeroglíficas. Balanzas de tal suerte todavía hoy se usan y son las que penden de un brazo del personaje que representa a la justicia. Cuando se lograba el equilibrio entre los materiales que se depositaban en cada uno de estas pequeñas plataformas, se conocía el peso. ¿Y cuál era el patrón? ¿Quién lo escogía? Me limito ahora a explicar lo que sé y que era propio de la cultura hebrea.

La unidad era el talento. Solo conozco un ejemplar de tal patrón. Se conserva en el Museo Bíblico de Montserrat. Lo trajo al monasterio el P. Ubach. Este buen monje y excelente exegeta de principios del siglo XX se movió por el antiguo Creciente Fértil, investigando, recogiendo, fotografiando y comprando todo lo que pudo, para que los monjes, sin moverse del monasterio, pudieran avanzar en el conocimiento de la Sagrada Escritura. Se trata de una piedra relativamente grande, de unos 60 cm de largo y algo así como 20 cm de ancho y profundidad. En alguna exposición de otra entidad la he encontrado como material prestado, supongo que debe haber pocos ejemplares. Su peso, en esto coinciden todos los autores, rondaba los 34 kg.

No imagino al patriarca Abraham acercarse a Hebrón llevando un tal pedrusco, comprobando el vendedor su valor, para de inmediato ir depositando trozos de plata en el otro brazo, hasta lograr el equilibrio. Que cada uno imagine la escena como pueda.

De tales molestas experiencias, se derivarían seguramente las monedas. A fragmentos de un metal fino, se le gravaba un número que significaba la fracción de su peso respecto al del patrón. Algo se había avanzado. El siguiente fue fundir metal en un crisol y vaciarlo sobre un molde preparado al respecto. En la tal forma se habían gravado una imagen que era signo de identidad y de autenticidad. Generalmente, el rostro de una divinidad, de la autoridad que la emitía, o del lugar de procedencia.

La calidad y belleza del metal plata, la relativa abundancia con que se encontraba, su dureza dentro de un no elevado grado de fusión, su ductilidad y facilidad de separación de la ganga que la acompañaba, fueron las causas de que se convirtiera en el metal más apto para la acuñación de monedas, tal como las entendemos.

Llegamos aquí al denario, típico ejemplo de lo que vengo refiriéndome. Pero, por diversos motivos, acabo hoy y ahora.